

puestos capaces de proporcionarles comodidades y descanso.”

Por el juicioso discurso de este escritor advertirás que hay ocasiones en que es indispensable el saberlas elegir adornadas de las cualidades dichas, ó si quiera con las menos tachas que se pudiere.

Esta indulgencia se estiende á las madres que por una causa legítima no pueden criar á sus hijos; no á aquellas que por no acabarse, y no ponerse descoloridas, sacan pretextos de debajo de la tierra, aparentando enfermedades que no tienen, lo mismo que para no ayunar las que pueden: y lo peor es que se hallan médicos liberalísimos para lisonjear con su opinion el deseo de las pretendientes. ¡Pobres médicos! No obstante, si tú quieres.... ¡Ay! no, ni pensarlo, decia la amante Matilde. ¿Yo habia de abandonar á mi hija á otros brazos por no ponerme descolorida? Así entendiera morirme. Ella es mi hija, y el rato que la tengo colgada de mis pechos la quiero mas que nunca. Es imposible que mi hermana quiera á Pomposa como yo á esta peloncilla de mi vida.

Diciendo esto la apretaba y la llenaba de besos con la mayor ternura; y el coronel, rebotando la satisfaccion que sentia en estas escenas, abrazaba á su esposa y le decia: Tú sí eres verdadera madre: tú sí cumples con los deberes de la naturaleza. Ella,

yo y tu hija tenemos en tí el iman de nuestras delicias. La naturaleza humana reconoce en tí un individuo suyo propio, yo una digna esposa, y tu hija una amante y verdadera madre, bastante á desempeñar este sagrado título.

Así pasaron como dos años en la primera crianza de estas niñas, al cabo de los cuales observé lo que leereis en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

En el que continúa la materia del antecedente.

PASADO el tiempo de la primera crianza, y despedida la nodriza, fué Pomposa entregada al cuidado ó descuido de las *pilmamas*. Como el fin era quitársela de encima á toda prisa, acomodó Eufrosina á la primera que se le presentó, y era una pobre indita como de ocho años, es decir, todavía necesitaba que la cuidasen.

A esta gran persona entregó Eufrosina su hija con la mayor confianza, y ya se deja entender qué segura estaria esta en los débiles brazos de una muchacha aturdida y de tan corta edad. Raro era el día en que no llevaba dos ó tres golpes. Cada rato lloraba, y era la *pilmama* reñida con demasiada aspereza por Eufrosina, siendo así que toda la culpa era de esta, por fiar su hija al cuidado de una criatura que no sabia ni podia tenerla segun era conveniente.

Una ocasion estando Eufrosina en el estrado entretenida con sus visitas, y la *pilmama* divertida con la niña en el balcon mirando un victor, ó no sé qué friolera que pasaba por la calle, se empinó tanto en la verja para ver bien lo que queria, que *colgándose demasiado de la criatura*, por su propio peso se *deslizó de los brazos y fué á dar al suelo*, en donde hubiera dejado los sesos con la vida, si por una casualidad no hubiera caido sobre un monton de lana que habian sacado á asolear unas pobres que vivian en la accesoria que caía bajo del balcon.

Este afortunado accidente escapó á la niña de la muerte, y de que recibiera el mas mínimo daño.

No corrió igual suerte la infelz María, que así se llamaba la *pilmama*, pues alborotada Eufrosina con el fracaso, y aun despues de tener á su hija buena y sana en sus brazos, llena de la ira mas necia é implacable, arrebató á la pobre muchacha, la arrastró por la sala, la pateó, la desgreñó, y le dió tal tarea de golpes, que si no se la quitan las visitas, la mata sin remedio!

Finalmente, la triste muchacha se levantó del suelo toda aporreada, hecha pedazos y bañada en sangre, y tomó salir llorando de aquella funesta casa á curarse á la suya, dejando en poder de su ama su salario para siempre.

Eufrosina no se hizo cargo de que su imprevisión y

su imprudencia fueron las que arrojaron á su hija del balcon, sino que lo atribuyó al descuido de la maldita muchacha *pilmama*, como solia decir, y conforme á este falso juicio, trató de que viniera otra, porque su hija le pesaba demasiado en los brazos. Para esto la encargó por todas partes teniendo á lo menos el cuidado de solicitarla grande, para que no se volviera á repetir la amarga escena del balcon.

Es menester decir en este lugar, en obsequio de la piedad é ilustracion de Eufrosina y sus visitas, que no se olvidó de dedicar á cierto templo un gran retablo representativo del milagro tan patente. Dije á cierto templo y no á cierta imágen, porque en el retablo estaban pintados diversos santos, segun fueron los invocados por las visitas; porque despues del lance se trabó entre ellas una disputa tan ridícula como acalorada, acerca de quien habia hecho el milagro; de suerte que cada una lo pedia para su santo, hasta que á pluralidad de votos se resolvió que todos se pintaran en el lienzo; y quedó el milagro en opiniones. ¡Contencion pueril y propia de gentes que tienen poco conocimiento de su religion! En otro lugar esplicaremos qué son milagros, cuáles favores, quién los hace, y por qué.

En efecto, á los dos dias, acomodó Eufrosina á una pardita bonitilla como de diez y seis años, muchacha muy viva y alegre, que cuando estaba delante

de ella, que era muy rara vez, hacia á la niña mil mimos y zalamerías con que dejaba á su madre lela, y le dispensaba esta tanta confianza, que le permitía salir á la calle cuando se le antojaba, con achaque de divertir á la niña.

Cada rato estaba esta empachada sin saberse por qué. ¡Ya se vé! la *pilmama* nunca decia que le daba peritas verdes, tejocotes, chicharron, ni otras porquerías semejantes; pero así lo hacía, como lo hacen las muchachas para que la niña no llore, para que no se le salte la hiel ó se le reviente un ojo. La pobre criatura comia aquellas golosinas perniciosas con la misma indiscrecion con que se las daba la *pilmama*, y de repente perdía la gana de comer, padecia ánsias, licuaciones, calenturas, meteorismos, ó aventamientos, y todos los sintomas del infarto.

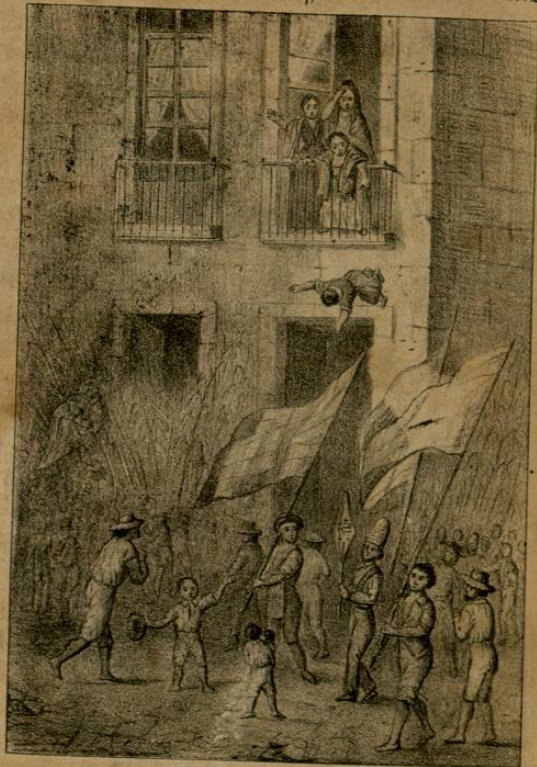
Luego que se avisaba á la madre del estado enfermo de la niña, se congregaban las amigas viejas y mozas, y se comenzaba la ordinaria cancion de ¡Virgen! ¿Qué tendrá la niña? ¿Qué será esto? ¿Qué habrá comido? ¿Qué le has dado, Francisca? etc.

Pasadas estas importunas exclamaciones, se resolvía por la junta de médicas, que aquello era empacho, y se recetaba de palabra la col de China, el pollo prieto molido, el azogue, la manteca y otras drogas tan inútiles como sucias. El mal, mil ocasiones no cedía, y era preciso recurrir al médico, quien

Toma 1.

La Quijotita

L. 11. 2



echaba mano del jarabe de durazno, oximielsclitica, hipecacuana, ruibarbo, tartaro emético y cuantos laxantes, vomitivos y purgantes consideraba útiles en el caso, á los que cedía el mal; pero apenas convalecía la niña, cuando recaía, así porque la *pilmama* no se abstenia de darle porquerías, como porque su estómago quedaba siempre mas débil de resultas de la anterior enfermedad.

Así pasó esta pobre criatura su primera infancia, llena de achaques y dolencias, hoy con una *pilmama* y mañana con otra; y así, si tan mal le fué en su crianza física al lado de estas, ¿qué sería en su educación moral? Sin duda debía ser conforme eran sus primeras ayas ó cuidadoras con quienes estaba continuamente.

Unas eran soberbias, otras desvergonzadas, esta vengativa, aquella embustera, y todas como se puede considerar. Con esto, de unas aprendió á llorar por cuanto quería, y á enfadarse si no se lo daban pronto, de otras á levantar la mano para cualquiera; de otras, á pedigüeña, de otras, á remedar á todo el mundo y sacar la lengüita con mofa; de otras, á temer al coco, al viejo, á la bruja y á los aposentos sin luz, y de todas, á ser en cuanto su edad lo permitía, la muchacha mas necia, atrevida y malcriada. Bien que todas estas pasaban por gracias entre sus padres, parientes y domésticos. Ya en el discurso de esta

historia iremos viendo el fruto de este criminal abandono.

Muy diversa fué la conducta del coronel con su hija, pues le buscó para *pilmama*, no la primera que encontró; sino una niña decente aunque pobre, humilde, bien criada y recogida, á la que ni él, ni Matilde, trataban como criada, sino como hija, ni se separaba de su vista para nada. Con esto sucedieron dos cosas muy interesantes. La primera, que la noble *pilmama* los amaba á ellos como á padres y á la niña como á hermana; y la segunda, que no tenia lugar de darle golosinas dañosas, ni de enseñarle vicios que ella misma ignoraba. Con estas precauciones se crió la niña buena y sana en el cuerpo, y libre de resabios antimorales en el espíritu, lo que fué principio de su felicidad, como veremos. ¡Tanto valen estos primeros cuidados en la infancia!

Frecuentemente decia el coronel á Matilde: no puede reprobarse el uso de las *pilmamas*; porque aunque el cuidado de los hijos es privativo de las madres, no siempre estas tienen todo el lugar necesario para el caso, y muchas veces les falta la aptitud que se requiere. Lo primero, acontece á las pobres, y lo segundo á las enfermas. Asi es que se ven como obligadas á solicitar quien las ayude; pero cuando esto sea, deben, en cuanto esté de su parte, procurar que sus hijos se entreguen no solo á una mu-

ger juiciosa y capaz de encargarse de un cuidado como este, sino que, si es posible, se deben buscar para *pilmamas* mugeres de virtud y de talento.

Acaso te parecerá esto una nimiedad, mucho pedir, y tal vez un imposible, mas no hay tal. Cualquier diligencia que se haga para esto, cualquier trabajo que se tome, y dinero que se gaste, no está por demas, considerando lo grande del objeto y las ventajas que se logran.

Se cree, y se cree mal, que las *pilmamas* solo deben servir para cargar y divertir al niño, y no para enseñarle alguna cosa buena. Semejante equivocacion hace que se valgan las madres, de la primera que se presenta, aunque sea una muchacha pequeña, una enferma, loca, viciosa ó necia, y este equivocado proceder hace que los niños se crien golpeados y enfermos, ó que se contagien con alguna enfermedad peligrosa: esto lo demuestra la esperiencia cada dia. ¿Cuántas veces vemos á niños de padres robustos, llenos de sarna, granos, escrófulas, *giotes* etc? ¿De dónde pueden adquirir estos males, sino mil veces de las *pilmamas* enfermas con quienes andan continuamente, duermen, comen y trasudan?

Ya ves aquí un principio de un mal fisico, dimanado de la mala eleccion de las madres cuando tratan de acomodar en sus casas *pilmamas* para sus hijos. Pues de esta mala eleccion resulta tambien otro

principio de mal moral. ¿Qué son por lo comun las *pilmanas*? Cuando no sean viciosas, son demasiado ignorantes. Y ¿qué aprenderán los niños con la continuada compañía de una muger llena de vicios, ó de errores, ó de todo junto? Seguramente todo; pues en los primeros años tenemos la aprehension muy viva, y retenemos tenazmente y con gusto lo primero que oimos ó vemos.

Aquella demasiada libertad que se concede á las *pilmanas* para que saquen los niños á la calle con el pretexto de que los diviertan y por no oírlos chillar, tambien es origen de mil daños, pues por un amor mal entendido les dan cuantas frutas y alimentos comen, sin distinguir lo verde de lo maduro, lo suave de lo de difícil digestion, ni lo sano de lo nocivo, y de aquí resultan tambien los granos, la sarna, y los infartos repetidos.

Todavía sufren mayores perjuicios los niños abandonados á esta clase de libertad. Mordidas cariñosas, pellizcos de enfado, estrujones de venganza, y golpes de accidente, son los gages que reciben casi siempre de sus buenas *pilmanas*. ¡Cuántos niños han sido tristes víctimas del descuido de las madres en esta parte, y de la indolencia y perfidia de sus *pilmanas*! Un famoso médico de Edimburgo fué llamado á una de las principales casas de la ciudad para que curara á un niño de dos años acometido de un terri-

ble mal, que no se conocia. Llegó el médico y halló al niño todo torciéndose, en un continuo grito, muy renegrido y casi con la convulsion de una mortal alferecía. El médico le aplicó lo mas especifico del arte; pero todo su empeño y habilidad, toda la eficacia de los remedios y el cuidado de la madre fueron inútiles. El niño murió entre terribles ánsias. Admirado el facultativo de la tenacidad del mal, y deseoso de indagar la causa de su resistencia, hizo desnudar al niño, y le encontró en el espinado clavado un fistol hasta la cabeza. ¡Cuál sería entonces su asombro, y cuánto el sentimiento de la madre, al saber que la *pilmana*, por una cruelisima venganza, habia cometido semejante atroz infanticidio! Tú eres madre: yo lo dejo á tu consideracion.

Si un caso tan funesto fuera el único en su especie, se podria tener á dicha; pero son mas frecuentes de lo que se piensa, aunque no sea con tan criminales circunstancias. En esta ciudad han volado de los brazos de las *pilmanas* á la calle algunas criaturas, de las cuales unas han muerto y otras han quedado lastimadas y contrahechas. Por meterse á ver un pleito una de esas *pilmanas* paseadoras, tocó al niño que llevaba, una pedrada en la cabeza, de la que quedó en el sitio: otra mientras renia con una muger sobre zelos, puso al niño en el suelo, y pasó sobre él á este tiempo un caballo, y lo mató.

De estos ejemplares ha habido varios, y las madres no escarmientan. Deberían no apartar jamás sus hijos de su vista, y así los tendrían más seguros, más sanos y más bien criados.

Volviendo á Eufrosina, digo: que apenas cumplió los tres años su niña, cuando á pretesto de que ya era grandecita y perdía tiempo, la puso en la amiga, y aun procuró persuadir á su hermana Matilde hiciera lo mismo con Pudenciana.

Pero Matilde, acostumbrada á no hacer cosa alguna sin parecer de su marido, comunicó con este los consejos que le había dado Eufrosina; á lo que el coronel le contestó de este modo: hija, no creas que tu hermana trata del bien de su niña, cuando la separa de su lado en una edad tan insuficiente para aprender, ni la mueve á esto el deseo de que sepa la doctrina cristiana, ni quitarla del sol, ni otra causa de las que alega. El deseo de su más completa libertad para prenderse y pasear, es el motivo legítimo que tiene para separar de sí á su criatura; y á tí te aconseja de igual modo, ó para que estés espedita para acompañarla á sus bureos, ó para que tu diversa conducta no le sea una tácita reprehension.

Más yo me hallo muy distante de conformarme con su modo de pensar en la materia. No, no enviaré á mi hija á la amiga tan fuera de tiempo. Estoy confiado en que eres buena madre y la quieres mucho,

y por lo mismo no te será gravoso el cuidarla en tu casa, ni el sujetarte por ella á privarte de algunas diversiones.

Ya se ve que no, decía Matilde: yo lo haré de muy buena gana; pero me hace fuerza oír decir que tres años no es edad suficiente para enviar las niñas á la amiga, porque las he visto enviar más chiquillas, hasta de dos años; ¡ya se ve! ¿qué digo de dos años, si las he visto destetar en la amiga?

Yo no pongo duda en eso, decía D. Rodrigo; pero mientras menos edad tengan, menos tiempo es de enviar á las criaturas á esas escuelas ó casas de enseñanza. Solo en el caso muy apurado de que la madre sea muy pobre, sola, que tenga que buscar el pan y no pueda cargar con su hijo, ni tenga á quien confiarlo mientras vuelve, solo en este caso, digo, aprobaría yo que lo dejara en la amiga; porque esto era menos malo que dejarlo abandonado á su discrecion, pero una muger de proporciones como tu hermana, no tiene disculpa para hacer tales sacrificios solo por contentar su libertad.

Y no te escandalices de oírme decir que es sacrificio enviar á los niños á la amiga tan temprano, porque lo es en realidad. No lo digo yo, los médicos sabios y los documentistas sensatos son de este parecer; porque la imprudencia en que por costumbre, por necesidad ó por ignorancia, incurren las más ó

todas las maestras y maestros de tener sentados á los niños cuatro horas por la mañana y tres por la tarde, es á costa del sacrificio que sin malicia hacen de su salud.

No te admires, vuelvo á decirte. La constitucion fisica de los niños en su tierna edad, pide para su robusta formacion respirar el aire mas libre, hacer el mayor ejercicio, y tener el espiritu tranquilo; porque entonces es cuando sus fluidos necesitan de circular con mas rapidez para vigorizar las fibras y que estas se desarrollen sin el menor embarazo: para esto es necesaria la buena digestion y traspiracion, á la que coadyuva, mas que nada, el ejercicio corporal y la quietud del ánimo, lo que no se logrará perfectamente atemorizando al niño, ni obligándolo á estar sentado mucho tiempo; pues semejante posicion le es tan violenta, como natural el estado de la accion y movimiento. En virtud de lo que te digo, mirá tú si será un sacrificio el enviar á los niños tan temprano á esas amigas ó casas de enseñanza.

Estoy por convencerme, decia Matilde: estoy por convencerme de estas razones, aunque no las entiendo bien. Solo quiero que me espliques ¿cómo es eso de que las criaturas están sentadas á fuerza y contra la naturaleza? que eso pienso que quiere decir lo que me has dicho de que tal situacion les es violenta.

Mira, decia el coronel con gran cachaza: ¿Si á tí

te obligaran á cuartazos ó á regaños á andar brincando y saltandó todo el dia, lo hicieras de buena gana?

Ni de buena ni de mala, decia Matilde riendo á carcajadas: ¡qué chula anduviera yo tan larga, y saltando y brincando sobre los canapes y sillas de casa lo mismo que una ardilla!—Pero si te hacian saltar á fuerza, ¿qué habias de hacer? No, no saltara, decia Matilde, aunque me mataran. Vaya, eso es decir, ¡hija, contestaba el coronel, eso es decir, pero el rigor obliga á mucho mas. Aun concediéndote esa fortaleza, que no tendrías, los niños no son capaces de ella, porque ni su corazon ni su capricho pueden balancear contra el temor que les inspira la sola amenaza del castigo. Mas prescindiendo de esta fortísima razon, tú de liso y llano confiesas que te sería muy violento el saltar y brincar todo el dia; y que ni aun oprimida por la fuerza lo harías, ¿no es esto?

Así es, decia Matilde: me sería no solo violento, pero pesadisimo tal ejercicio, porque ya mi edad no es para brincar y saltar como perrito de faldas. Pues has caído, contestaba su esposo: tan violenta es la quietud para un niño, como el travesear y corretear todo el dia para un adulto. Cada edad, tiene sus peculiares propensiones y apetitos. Es menester conocer esta verdad para ser mas indulgentes con los hombres, y mucho mas con los niños.

Yo convengo con tu parecer, decia Matilde; pero pienso que á pesar de las razones que alegas, estamos los padres de familia obligados á enviar á nuestros hijos cuanto antes á las amigas, ó migas, ó como las llaman, para que se instruyan temprano en la ley de Dios, y para que aprendan á leer, escribir, coser, bordar y lo demas que deben saber segun su clase; y esto creo que debemos hacerlo, aunque sea á costa de ese sacrificio que dices, y mas que teman el enojo ó castigo de los maestros: porque no me negarás que el refran antiguo dice que la letra con sangre entra y la labor con dolor, y ya tú sabes que los refranes antiguos son evangelios chiquitos.

No todos, decia el coronel: es verdad que hay muchos proloquios comunes, que incluyen unas sentencias morales ó políticas, y que son no solo ciertísimas, sino recomendables y santas; pero á la vuelta de estos hay no pocos que son unos desatinos garrafales y unos despropósitos, que sin mas apoyo que la antigüedad de su origen, han hallado abrigo en muchas cabezas á la sombra de la ignorancia y la preocupacion. Uno de estos, es el que acabas de citar á favor de tu opinion. ¿Quién te ha persuadido, hija, de que la letra con sangre entra? Esta es una máxima tan falsa como cruel, y tan impolítica como necia. Nada entra con sangre á los racionales: el rigor solo sirve de embrutecerlos, de agitarlos y en-

vilecerlos. La esperiencia diaria enseña que el muchacho muy regañado y muy golpeado, lejos de aprovechar lo que se quiere, por lo ordinario sale flojo y sinvergüenza y abandonado: al principio teme mucho y se atolondra, despues teme menos, y se descuida de propósito; y últimamente, no teme nada, odia á sus verdugos, y se hace el ánimo de no complacerlos en cosa alguna, solo porque ellos se lo mandan, y esto lo lleva á efecto á costa de su pellejo, mientras está en estado de sufrir, que en llegando á criar alas, levanta el vuelo, se sustrae del dominio de los que así lo han tratado, se entrega á rienda suelta á sus pasiones, y se pierde sin remedio. A estos muchachos conocen bien con el nombre de *curtidos*. ¿No es verdad? ¿No conoces algunos de los que se dice: ya este no le hace caso á los azotes, ya está *curtido*? Pues ya ves el fruto que se debe esperar de un tratamiento rigoroso con las niños, y cuán lejos está el imprudente castigo de facilitar su enseñanza. ¡Gracias á Dios que en el dia ya se va conociendo esta verdad, y se va desterrando de las clases y casas de enseñanza el rigor, el azote y la vileza, que por tanto tiempo se creyeron los medios mas pronto, eficaces y seguros para enseñar á los niños.

En verdad que estoy por convencerme, decia Matilde; pero mis tias, mi hermana y las amigas de mis

tias me dicen muy al contrario, esto es, que conviene educar á los niños muy temprano, y tratarlos con la mayor severidad, si no se crían los muchachos malcriados.

Nada mas has hecho, respondió el coronel: nada mas has hecho, que confirmar que estás preocupada en favor de la doctrina que te han inspirado tu hermana, tus tias, y otras personas y viejas tan ridículas é idiotas como ellas.

Sé que hablo contigo, que me amas, te merezco buen concepto, y al fin has de adherir á mi opinion, por eso me esplico con tanta sencillez, pero no quiero que por amor ó por respeto coincidas con mis ideas, sino persuadida por la razon, la esperiencia y la autoridad.

Por la razon debes convencerte de que los niños racionales no se deben enseñar como si no lo fueran, igualándolos al elefante, al perico, al oso, al mono, al caballo, al perro y otros brutos, á quienes tambien se enseñan muchas cosas, ó por medio de la industria tenaz, ó por el del castigo sin regla; pues vemos que los niños aprenden mil cosas muy breve, aun cuando no se emplean para ello estos dos medios destinados privativamente para los brutos.

Esto que la razon dicta, tambien lo confirma la esperiencia. Tú misma sabes cuántas monaditas enseñaste á tu hija siendo tiernecita, y aun cuando ni

sabia hablar, ni entendia mejor que ahora lo que le enseñabas; y sin embargo, admirabas la prontitud con que aprendia á hacer mil monerías, y las aprendia á hacer breve y sin que empleases para ello ninguna severidad: luego el rigor y el castigo no es el único ni el mejor medio para enseñar á los niños, pues vemos que estos aprenden sin él.

Bien está, decia Matilde; pero si mis tias dicen que no se puede menos, y que ya tardamos en enviar á la amiga á Pudenciana, porque mientras mas grande sea, mas trabajo costará que aprenda: ¿qué quieres que yo diga cuando sabes que mis tias son unas señoras muy cristianas, prudentes y sábias, y sobre todo ya tan ancianas, que es fuerza que sepan mas que yo, porque la esperiencia y el mundo que tienen las ha enseñado?

¡Válgate Dios por esperiencia, decia el coronel: ¡válgate Dios por esperiencia, por mundo y por viejas que te tienen preocupada? Yo conozco que eres dócil; pero por desgracia sorprendieron esas señoras y otras personas vulgares tu docilidad á su favor desde tus tiernos años; y te llenaron la cabeza de mil preocupaciones é impertinencias, de que no es muy fácil te desprendas.

No me admiro de que así te halla acontecido, ni eres tú sola la que caes en estos lazos. A muchas personas conozco contagiadas de esa misma peste;

pero ¿qué personas? De aquellas que se llaman gente decente, y que huyendo de ser y parecer vulgares por su nacimiento, educacion y destinos, lo son, á su pesar, por sus opiniones é ignorancia.

Ello es un mal mas comun de lo que se cree; y cuando las preocupaciones se maman con la primera leche, cuesta mucho tabajo abandonarlas: á veces se resisten á toda persuasion, y entonces la enfermedad es incurable.

Yo no desespero de curarte de esta, pues te he curado de otras necesidades que te habian inspirado las mismas maestras. Mira, hija: la primera preocupacion ó engaño en que vives, es pensar que tus tias y cuantos viejos y viejas te dicen alguna cosa, son sabios, y que en fuerza de sus años no pueden engañarte ni engañarse. Este es un error tan comun como craso.

Es verdad que los viejos son dignos de la veneracion de los mozos; y asi se lo debes inspirar á tu hija, porque tal respeto es un homenaje debido á la vejez. Tambien es cierto que debemos escuchar á los ancianos con atencion, pues por lo ordinario hablan con juicio y madurez, y aun cuando carezcan de principios científicos, realzan y autorizan su conversacion con hechos indubitables de que tienen suficiente esperiencia.

Todo esto es cierto; pero no lo es menos que estas

no son reglas generales; antes bien tienen mil excepciones. Todos los dias y en todas partes vemos viejas y viejos necios, supersticiosos y embusteros.... No, decia Matilde: mis tias no son embusteras ni supersticiosas. Yo las tengo por muy buenas cristianas. ¡Ojalá fuera yo como ellas!

No te enojés, hija, respondia el coronel: yo no hablo precisamente de tus tias. Las conozco y las amo. Sé que son muy buenas señoras, y que si te han metido en la cabeza algunas vulgaridades, no ha sido por malicia, sino por falta de instruccion, pero de cualquier modo te han perjudicado.

Ya ves que para romperte la cabeza lo mismo será que te den una pedrada por dar á otro, ó que te la disparen con punteria, y el médico que desee curarte se hará cargo de la incision sin necesitar saber cómo te dieron la pedrada. ¿No es esto?

Es así, decia Matilde: ya te entendí; pero ¿á qué viene eso? A hacerte ver, respondia D. Rodrigo, que no debemos creer á puño cerrado todo cuanto nos digan todos los viejos solo porque son viejos; pues así como la verdad no pierde nada en boca de los niños, así el error y la mentira no dejan de serlo en boca de los viejos: y tales hay que sin embargo de sus canas, son harto necios, supersticiosos y embusteros, segun te acabo de decir, y como tú misma lo habrás experimentado por tus ojos. Acuérdate

cuántas veces has criticado conmigo las conversaciones de D. Tadeo y Doña Sinforosa.

Bien me acuerdo, decía Matilde; pero esos señores son insufribles. A cada paso sacan lo de su tiempo y nada de lo del nuestro les contenta. Son como aquellos que no saben alabar mas que su tierra, y apodan cuanto ven en otra. ¿Quién ha de tener paciencia para oír hablar siempre de pretinas, bigotes, guardapiés, cofias, cotillas y dengues, apocando de paso los tunicos, tápalos, mantillas y cuantos trages se usan en nuestros días? ¿Ni quien ha de creer que antes eran los hombres mas justos y las mugeres mas recatadas que hoy, como nos quiere persuadir D. Tadeo? Tú me has dicho, y yo lo creo porque me lo has hecho ver, que el mundo siempre ha sido mundo, y que desde su principio rompieron los hombres en maldades, han seguido, y no cesarán de ellas hasta que arda todo como Troya.

Tambien me has dicho que siempre ha habido hombres timoratos y mugeres arregladas: que al variar de vestir, comer, etc. se le ha llamado *moda*, y que esta variacion ha sido muy continuada en las mas partes de la tierra, especialmente en la Europa.... En fin, me has dicho tanto, que ya no me acuerdo pero he quedado asegurada de que D. Tadeo es un tonto, y la buena vieja de su muger otra simple.

No me disgusta ese concepto que te has formado

de ellos, decía el coronel: porque el hombre ó muger que por capricho, pasion ó ignorancia pretende que le crean un absurdo sobre su palabra, merece que le tengan por un tonto.

Pero dime: ¿qué juicio has formado del maestro barbero de casa? Este á lo menos no te deberá tan mal concepto.

¿Cómo no? decía Matilde, riendo de muy buena gana. Ese pobre abuelo me debe peor concepto: porque no solo lo tengo por tonto, sino por mentirosó. ¡Jesus, qué hombre! no tiene palabra de verdad, y luego cuenta unos cuentos y unas mentiras impasables —Pero eso lo cuenta por divertirnos. —¿Qué por divertirnos! ¿no ves qué formal se pone, y cómo se enoja cuando le digo que es mentira lo que me cuenta y que no lo creo? Pues una vez que se incomoda porque no lo creo, es prueba de que quiere que traque sus mentiras por verdades. Yo ya ni le contesto: me enfada mucho un viejo majadero.

¡Ah! conque tu conoces algunos viejos tontos y majaderos cuyas conversaciones te disgustan y cuyas patrañas te enfadan? decía D. Rodrigo prosiguiendo. Despues de todo, hija, tú tienes razon. ¿Qué dijeras si supieras que el mismo Dios por el Eclesiástico nos dice que tres cosas abomina y detesta de todo corazon, á saber: El pobre soberbio, el rico embustero y el viejo fatuo é insensato?

Conque ya estamos en que hay viejos tontos, maderos y viciosos. Ahora ¿en qué piensas consiste que haya tal clase de viejos, que no son muy pocos? No sé, decía Matilde.—Pues sábette que no consiste en otra cosa, sino en que de mozos no cultivaron ni la ciencia ni la virtud. Cuando jóvenes despreciaron los libros, mofaron á los sabios, huyeron de los arreglados y timoratos; y así por necesaria consecuencia, cuando viejos, unos son unas máquinas semovientes, y otros (estos son los peores) sobre necios son unos viejos escandalosos y detestables, que tienen que sufrir infinitos desprecios y burlas. ¡Justo castigo de su pereza y abandono! porque lo que se siembra en la mocedad, eso se cosecha en la vejez, y esta suerte corren las mugeres lo mismo que los hombres.

Todo está muy bueno, decía Matilde: estoy convencida de esas verdades; pero ¿á qué ha venido toda esta charla? Comenzamos por los niños, y hemos acabado por los viejos.

Esto es lo que sucede diariamente en las conversaciones familiares, decía D. Rodrigo: se comienzan por una cosa y acaban por otra muy distinta; pero yo ahora no he perdido de vista el asunto principal de la nuestra. Cuanto hemos hablado se ordena á enseñarte que así como hay viejos sabios hay viejos ig-

norantes; pues nadie adquiere talento, virtud ni erudicion solo por haber nacido antes que otros.

¿Eso quién te lo niega? decía Matilde. Ya sabemos que el que de mozo no se instruyó, de viejo será un necio como un cualquiera, sin que sus años le sirvan de otra cosa que de acusarlo de su inaplicacion ó pereza.

Pues me alegro de que te halles penetrada de estas verdades, decía D. Rodrigo: y segun ellas, desde luego no creerás cuanto te han contado ni te cuenten tus tías, solo por que son viejas: porque no debemos cautivar nuestro entendimiento á sola la autoridad, si no hallamos apoyo en la razon ó en la esperiencia. Solo en materias de fé no cabe esta regla, pues debemos sujetar el juicio á la revelacion, de que tenemos noticia por una tradicion antigua é inalterable: circunstancia que aun segun el criterio humano, apoya con mucha solidez la verdad de nuestra religion. Quizá otra vez te hablaré de esto con mas despacio. Por ahora repito, que solo en materias de fé hemos de creer con sujecion á la autoridad; pero en materias humanas somos libres para examinar si puede una cosa ser verdad ó no, sin miramiento alguno á la persona que lo dijo; y cuando la razon ó la esperiencia nos persuadan que es falso lo que nos han dicho, no solo podemos, sino que de-

003211

bemos despreciarlo, sea cual fuere el autor de la tal patraña.

Mas cuando la cosa que nos dicen se halla, ademas de confirmada por la razon y la esperiencia, recomendada por la autoridad de los sabios, entonces seremos insensatos ó locos si queremos resistirnos á su creencia. Por ejemplo: si yo quisiera persuadirte de que no se debe castigar á los niños con dureza, con venganza ni frecuencia, porque tal modo solo sirve de hacerlos estúpidos, sinvergüenzas é incorregibles: y esto quisiera yo que lo creyeras solo porque soy coronel y tu marido, sin darte otra razon, seria una necedad mia, y tu no deberias creerme, si tenias otras ideas que te convencieseran de lo contrario; pero si despues de haberte señalado la causa de lo que te digo por la razon y por la esperiencia, añadiera las autoridades de un Ciceron, de un S. Gerónimo, de un Blanchard, de un Fenclon y de otros varios, que van conformes con que el tratar á los niños con una imprudente severidad no solo es inútil, sino pernicioso; en este caso, digo, ya no tienes ningun fundamento para dudar de mi opinion porque la ves corroborada por la razon, la esperiencia y la autoridad. Entonces ya me debes creer, y abandonar como boberias las máximas de tus venerables tías, reirte de los refranes vulgares, estar entendida de que ni la letra, ni la labor ni nada entran con rigor, mejor que con la

suavidad y el cariño, del que se debe usar mas liberalmente con las niñas, en atencion á su complecion mas delicada, á su pudor y timidez. Y descansando en estos racionales sentimientos, procurarás desde luego educar á Pudenciana segun mi modo, sin sujetarse á otro alguno contrario. ¿Qué te parece? ¿á esto á venido toda la conversacion de los niños y los viejos: ¿qué dices?

¿Qué he decir, contestaba Matilde, sino que estoy perfectamente convencida de cuanto dices? La verdad tiene un poder irresistible. Desde hoy escucharé á mis tias y á las que no sean mis tias con mas cuidado: reflexionaré en lo que me cuenten: haré lugar á la razon con imparcialidad: y si ella se declare en su contra, despreciaré sus cuentos, me reiré de ellos, y no los creeré aunque sus autores tengan mas canas que cabellos. Pero hablando de aquellos muchachos duros y sinvergüenzas para quienes son inútiles los consejos, y acaso pernicioso el castigo, dime ¿qué se debe hacer con ellos? ¿Se han de dejar impunes sus delitos? ¿Se han de dejar perder porque no les aprovecha el castigo?

No se puede aconsejar tal cosa, decia el coronel Yo bien sé que hay muchachos que desprecian los buenos ejemplos y consejos, se burlan de las amenazas y se obstinan con el castigo. ¡Infelices! Para estos ninguna educacion es buena por prudente y

eficaz que sea. En tal caso, á mi parecer, lo mejor es separarse de ellos. Si son hombres, ponerlos, al servicio del rey, pues en la tropa si no adquiriesen luces ni virtud, serán menos viciosos públicos cuando no por voluntad, por el temor de las penas que prescriben las ordenanzas contra los que faltan á la subordinacion debida á los que los mandan; y si son mugeres, recluirlas en un colegio ó monasterio en la clase que se pueda segun las proporciones de los padres, esto es, como niñas ó sirvientas, pues á lo menos, cuando el ejemplo bueno no las corrija, la ninguna libertad, la continua ocupacion, acaso gastarán algun tanto su inclinacion perversa.

Yo aquí propongo unos remedios que no apruebo como seguros, sino solamente paliativos para entretenir el mal, y como suele decirse, por si pegan, pues un muchacho ó muchacha de maldita inclinacion, solo por una rara casualidad puede corregirse. Lo frecuente es que se estravian y se pierden de dia en dia. Si los padres han hecho lo que deben por su bien, deben desechar los escrúpulos, abandonarlos, y pedir á Dios por ellos.

Lástima me dan, decia Matilde, semejantes hijos, y mas sus infelices padres, pero creo cuanto me dices. He conocido algunos que me aseguran del juicio con que hablas, y por lo mismo siempre que me convenzas como ahora, yo te creeré sin repugnancia.

Esa doilidad de carácter que tienes, decia el coronel, es una señal segura de talento. Tú no sabrás lo que no te enseñaren; pero ten cuidado de no olvidar estas lecciones para que las ejercites con fruto en la educacion de nuestra hija.

Tales eran las conversaciones de estos dos consortes, y yo, aunque muchacho, me engolosinaba en oirlos, y ellos no se recataban de mí para hablar de semejantes asuntos: me amaban como hijo y yo amaba á su niña como si fuera mi hermana.

CAPITULO III.

En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposa y Pudenciana.

CADA instante tenia yo con que divertirme y que notar en la diferencia de dos educaciones dadas á un tiempo, en una misma casa, y á dos niñas iguales en edad y parentesco. Escribir todo cuanto advertí, sería un trabajo demasiado prolijo y fastidioso; á mas de que es imposible acordarme de cuanto pasó entonces para contarlo ahora con la misma esactitud; y asi nos habremos de contentar con referir lo que me pareció mas notable, y por lo mismo aun lo conservo en la memoria.

Cada familia de estas dos gobernaba su casa y educaba á sus hijos á su modo. La niña Pomposita fué enviada á la amiga bien temprano, segun se dijo, y